

LA TIERRA Y EL CIELO
Solemnidad de la Ascensión del Señor
24 de mayo de 2009

Si volvemos nuestra mirada al cielo seremos culpados evadirnos de las realidades de esta tierra. La fe se será acusada por antihumana y alienante. Si prestamos atención a lo que ocurre en esta tierra, tan nuestra como de todos, nos criticarán por intrusos y nos dirán que hablemos de Dios y no de las cosas de este mundo.

En el texto del libro de los Hechos de los Apóstoles que hoy se proclama, dos varones vestidos de blanco interpellaron a los discípulos de Jesús: “Galileos, que hacéis ahí plantados mirando al cielo?” (Hech 1,11).

Según Benedicto XVI, esta pregunta se refiere a las dos realidades en las que se inscribe la vida del hombre: la terrena y la celeste. ¿Qué hacemos aquí? Estamos en la tierra porque el Creador nos ha puesto aquí como coronamiento de la obra de la creación. ¿Por qué miramos al cielo? Porque “estamos llamados, permaneciendo en la tierra, a mirar fijamente al cielo, a orientar la atención, el pensamiento y el corazón hacia el misterio inefable de Dios”.

Ése es el mensaje de la fiesta de la Ascensión de Jesús a los cielos. El mensaje de la esperanza a la que hemos sido llamados. Una esperanza activa y comprometida que no se deja engañar por la espera de un espléndido futuro inmediato que tantas veces nos prometen.

UN REINO ETERNO

El credo cristiano resume el sentido de esta fiesta de la Ascensión de Jesús en una frase que contiene cuatro afirmaciones: “Subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin”.

Al decir que Jesús subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, resumimos nuestra fe en la divinidad de Jesucristo. El aplastado y humillado como un esclavo ha sido elevado por el Dios que le ha dado un nombre sobre todo nombre.

Al repetir que vendrá con gloria para juzgarnos, afirmamos nuestra esperanza, rebelde y confiada. Rebelde porque conoce por experiencia la fragilidad de los juicios humano y confiada porque aguarda al Señor y salvador de la historia.

Al proclamar que su reino no tendrá fin, recordamos que el suyo es el reino de la verdad y de la vida, de la santidad y de la gracia, un reino de justicia, de amor y de paz. Frente a la caducidad de todos los logros humanos, su reino es promesa de eternidad.

UN EVANGELIO PARA EL MUNDO

Pero el Señor que asciende a los cielos no se desentiende de esta tierra. Por amor a esta tierra nos confía una misión que continua y amplía en lo posible su propia misión: “Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15).

- “Id al mundo entero”. A lo largo de los siglos hemos tratado de obedecer este mandato. Son muchos los cristianos que han dejado su tierra para hacerse presentes en otros lugares del mundo a los que no había llegado la fe. Hoy la misión nos llama a hacernos presentes en ambientes de nuestro propio mundo. Hemos de ser testigos de Jesucristo donde se ha perdido u olvidado la fe.

- “Proclamad el evangelio”. A lo largo de los siglos, con aciertos y errores, hemos tratado de proclamar el evangelio. A veces ha sido difícil proclamarlo en su integridad. Según sus intereses, el mundo acepta una parte del mensaje mientras rechaza la otra, Hoy la misión nos invita a dejarnos evangelizar para poder anunciar el evangelio con fidelidad y coherencia.

- Señor Jesús, que vives en la gloria de Dios, nosotros sabemos que nos acompañas por los caminos del mundo hasta el fin de los tiempos. Bendito seas por siempre. Amén.

José-Román Flecha Andrés